

Vacío de palabras

Ignacio



Capítulo 1

Los silencios suelen colapsar sobre sí mismos, los más pequeños son destrozados por el sonido de pisadas, ronquidos o suspiros. Son de la clase más común, de los que decoran las pausas en las películas de suspenso o en las tertulias familiares.

Hay una segunda clase, un poco menos común y más resistente. Silencios que soportan y perduran los sonidos, son aquellos blindados de expectativas o anticipación. Nacidos del anhelo, del deseo. Aguantan los gemidos más fuerte y hasta el tacto.

Pero hay otra clase, una muy rara y particular.

Son silencios que aguantan casi todo, que soportan el derruir de la lluvia y el cantar de los pájaros.

Aguantan los gritos furiosos y los lamentos más profundos. Resisten hasta la conversación

—Lo siento mucho querido, era una gran persona

—Gracias. Él los apreciaba mucho.

—Lo echaremos en falta.

Son silencios que se estacan profundo y dejan que las personas interactúen dentro, pero nunca se van siempre perduran. Carcomen todo lo que rodea, construyen murallas de humo y espejos.

—¿Por qué Agustín? ¿Por qué?

Es la sustancia base que conforma los sedimentos del tiempo y hasta de los sueños, aún lo encuentro allí, sonriendo de oreja a oreja. Me explica cómo planchar mis camisas o como cortar los vegetales, aún allí nos rodea el silencio, este silencio, el mismo de hace tanto tiempo.

Lo encuentro imposible de traducir o interpretar, mi padre solía llamarlos silencios de fatalidad. Son la quietud que acompaña el llanto desahuciado, es lo que conforma esos preciados instantes luego de despertar de un sueño que creías real.

Instantes eternos del que el tiempo no puede volver, ni quién más recuerda puede recuperarse.

